




POR LA
AUTORA
DE *YO,
LA PEOR*

CUANDO
TE HABLEN
DE AMOR

MÓNICA LAVÍN

 Planeta

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

El derrumbe

Cascada de libros

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

El derrumbe

Gruñidos

Capítulo 16

Capítulo 17

El derrumbe

El carrito de súper

Capítulo 18

El derrumbe

La licuadora Osterizer

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

El derrumbe

El tatuaje de la China

Capítulo 24

Capítulo 25

El derrumbe

Alicia en la montaña

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

El derrumbe

Lapislázuli

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

El derrumbe

El beso

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

El derrumbe

Una voz de mujer

Capítulo 38

Capítulo 39

El derrumbe

El dedal de Alicia

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

El derrumbe

Cine por la mañana

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

El derrumbe

Azul oro

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

El derrumbe

Las pantorrillas

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

El derrumbe

Insomnio

Capítulo 54

Capítulo 55

El derrumbe

Carta a Dulcinea

El derrumbe

Epílogo

Acerca del autor

Créditos

Para Charo y Miguel Ángel, mis padres

Para Emilia y María, mis hijas

Un novio y novia
son figuras,
más pequeñas que un pulgar
y un pequeño cálculo
qué breve
el pasaje entre
la muerte y la vida.

JEROME ROTHENBERG
(Traducción de Heriberto Yépez)

1

—Abuela, me voy a casar.

La abuela Irina dejó sobre la mesa el vaso con refresco mientras Maya atendía con ansiedad ese compás de espera. Después hundió el rostro entre las manos y se echó a llorar. La pulsera de plata que usaba siempre se agitaba protegiendo el rostro convulso. Maya, sentada a su lado en la terraza, entre las azaleas que florecían gran parte del año y las buganvillas que en otoño eran más guindas que nunca, no había sospechado esa reacción. La abuela Irina estaba contenta con el noviazgo de ella y Julio, por lo menos siempre se había expresado muy elogiosamente de aquel abogado joven y educado. No es que llevaran mucho tiempo de conocerse, pero Julio había asistido a los ritos de familia ese último año. Se había añadido con naturalidad y eso, Maya lo sabía, no era fácil en su familia, tan abierta en apariencia al mundo, tan celosa, sin embargo, de sus maneras. Abría puertas pero no el corazón, no del todo.

—¿Abuela? —Maya estiró la mano hacia los hombros de la abuela. Aquellas lágrimas no parecían un gesto de emoción, no como el de su madre, quien lloró mientras la abrazaba y sonreía como si ella misma fuera a casarse. Había reaccionado con júbilo, era una botella de cham-

pán recién descorchada que seguía derramándose dorada, risueña; una madre de una hija que se casaría. Pero la abuela, a quien siempre confiaba Maya sus inseguridades, sus temores e inapetencias, el desbarajuste que era a veces vivir con sus padres divorciados, ahora se alejaba como un caracol enconchado y no tenía ni gestos ni palabras de aliento.

—¿Estás bien, abuela? —Se preocupó Maya al verla salir de entre sus manos, descompuesta.

La abuela Irina tomó las manos de Maya y sonrió arrepentida.

—Lo siento, Maya. Tengo tres hijos, uno de ellos casado tres veces. Los tres viven solos.

Maya la miró con rabia, a ella qué le importaba el destino de su madre y sus tíos. Por qué le escamoteaba la noticia con el expediente de la familia Inclán: a ella, que le había costado tanto abrirse a una relación sin el temor de aburrirse o de sentirse asfixiada. Necesitaba el apoyo de la abuela y no esa reacción amarga.

—No vayas a la boda si no quieres.

La abuela encendió un cigarro, convidó otro a la nieta y por un rato, compartiendo la manera en que las manos de ambas alejaban y acercaban la boquilla, se quedaron en silencio. Maya no alcanzaba a entender. Había considerado a su abuela Irina como la más consistente de aquella familia; era el ancla. Alguna vez pensó en vivir con ella. Si sus abuelos se lo hubieran propuesto, no lo habría dudado. Una casa en orden, la alacena, los clósets, los cajones. Una casa con luz. Las tardes para el café y la conversación.

—Creí que Julio te caía bien.

Irina salía de su arrebato; Maya vio cómo se incorporaba a la normalidad entre macetas de azaleas que entraban a su vista gastada. Intentaba encontrar el optimismo

con que confortar a su nieta de treinta años, pero le costaba disimular. La noticia de Maya le había echado encima las bodas que diseñara, así se lo dijo. Una boda es una puesta en escena: la primera y la segunda en el jardín de su antigua casa, la tercera en un hotel, la cuarta en otra ciudad, la quinta en una playa. Pedazos de ella que habían celebrado el deseo de los otros de compartir la vida con alguien.

—Julio es estupendo, Maya. Inteligente, guapo y tiene sentido del humor.

Maya se sirvió una cerveza y vertió refresco en el vaso vacío de la abuela. Los miércoles comían juntas, aprovechaban que el abuelo se iba con sus amigos a jugar dominó. Irina miró el reloj, advirtió que la comida estaría lista muy pronto.

—Sólo lo saben mamá, papá y mi hermano —aclaró Maya.

—¿Y cuándo será la boda, querida? —Sonrió la abuela, alejando el sordo abismo del desencanto para tranquilidad de Maya.

—En junio, abuela, justo a tiempo para que nos vayamos a Filadelfia.

De haber reaccionado de otra manera, Maya le hubiera dicho que no era que pensara indispensable una boda, que la entendía, eso de casarse para descasarse no tenía sentido. Que conocía pocas parejas de larga duración, y sobre todo de duración cariñosa: sus abuelos podían pasar de la más dulce atención del uno por el otro a lo ríspido e incómodo. Si la abuela hubiera preguntado dónde, cuándo, cómo, con ese entusiasmo que la caracterizaba, con esa sonrisa con la que salía como Chaplin —decía su madre— de cualquier dolor y desaguado, se estarían riendo porque quién sabe cómo se vestiría la futura suegra siendo tan cursi como era, por-

que sería un lío juntar a los cónyuges que ya no lo eran: sus tres tías, exmujeres de su tío Gonzalo; a su tío Vicente, padre del primo Vicente, y al exnovio de su tía, que había sido tan atento con Maya cuando quería estudiar psicología y la puso en contacto con investigadores que podían ser faros en su camino. Le hubiera dicho a la abuela que era una pesadilla pensar en esa boda que reunía afectos imposibles, que si fuera por ella, con sus amigos bastaba para brindar y largarse. Porque la única razón de esa ceremonia civil —pues lo religioso no era un asunto por considerar ni para Julio ni para ella, ni para los padres de ambos— era que sería más sustanciosa la beca para que los dos estudiaran en el extranjero. Y que sólo había aceptado soltar la caballada porque lo que él quería estudiar coincidía con la especialidad que le llamaba la atención a ella, y porque, su madre y ella lo sabían, quería tener hijos en algún momento y más valía pronto que nunca. Su abuela, que se casó a los veintidós años, difícilmente la entendería, a los treinta años con una maestría concluida se es joven en pausa, una *nerd* que va para solterona, o para el archivo de *pude haber dado mi brazo a torcer* en el renglón de los sentimientos, el que más le costaba trabajo. Menciones honoríficas y becas caracterizaban su empeño académico, era brillante y comprometida, pero eso no bastaba. Y en Julio había encontrado el cómplice para su humor ácido, su necesidad de soledad y de socializar, un cómplice suave y muy inteligente. El primer hombre que admiraba. Cuatro años mayor que ella, sereno y travieso, callado; no podía ser mejor. Aunque se preguntaba si todos los divorciados, su padre y su madre, sus tíos y tías, no habían pensado de la misma forma cuando se casaron.

La voz de la cocinera la obligó a dejar la banca de la duda; a dejar clavada la incertidumbre en el color rabio-

so de las buganvillas, que se disolvió en el grito que dio la abuela cuando aquella ardilla cruzó cerca del barandal.

—Son las ratas de los árboles —dijo Maya.

—Antes no las veías por las casas ni las calles, sólo en los Viveros de Coyoacán.

—No las pienso invitar a la boda —dijo Maya.

—¿Tu boda será de día? —preguntó la abuela, porque así le gustaban a ella.

—De tarde, creo —contestó Maya sin entusiasmo mientras seguía a su abuela hacia el comedor.

La abuela se dio la vuelta y la abrazó.

—Será una boda preciosa. Y tú, la novia más guapa.

Maya dejó que su abuela la apretara, haciendo un esfuerzo para que no le salieran las lágrimas en ese momento. No sabía que casarse fragilizaba, que era el preludio de un cambio de vida, sobre todo ahora que se iría al extranjero. Por ejemplo, dejaría de venir los miércoles a comer con su abuela. Buscó una manera de zafarse de la tristeza.

—¿Me ayudarás a escoger el vestido?

—Por supuesto.

Y las dos siguieron hacia la mesa, donde la vajilla blanca sobre el lino color salmón las esperaba.

2

Eugenia mordisqueaba un sándwich de salmón en el diván. Los espejos al frente la repetían en trozos: los pies cuidados en la primera luna del hexágono hacían juego con lo mullido del sillón, con la espesura nacarada de la alfombra. Eugenia se estiró completa e intentó seguir con el emparedado, se miró de lado mientras comía como si figurara en una escena donde ella no era ella. Hasta el rosado del salmón hacía juego con el vestidor de la tienda. No se hartaba de comer aquellas lajas sobre el pan, las tenían ahí para convidar a los clientes con una copa de espumoso; triangulitos a la inglesa. ¿Té o vino? Afuera estaban los sillones y la mesa donde la familia y las amigas de la novia se sentaban. Evitaban la presencia de los hombres, no servían para estos menesteres de paciencia y detalle femenino, y la tradición consideraba que no debían ver el vestido de novia antes de la boda, sólo pagarlo. Era raro que el suegro de la novia se apersonara, pero ocurría cuando era quien se ocupaba del gasto; quería ver qué clase de prenda costaba tanto. Había que capotear a los clientes. En realidad esto no era un negocio simple, era un trabajo de diplomacia y faena, más parecido al toreo que a la dulzura del pastel de novios. Ya su padre le decía, cuando empezó el negocio y la veía

cansada, que si no tenía quién la hiciera fuerte con los clientes. Sí, mujeres bien plantadas, jóvenes de buen trato que ella formaba y estaban allí mientras se casaban ellas mismas, o que gozaban el trabajo hasta que el tedio o la ambición las llevaban a otro lado. Aun así, ella tenía que capotear. Su opinión tenía el peso de la experiencia, por lo menos así lo transmitía; cuando los clientes dudaban, ella conseguía la decisión. Excepto Nohemí, la más fiel y diestra, que insistía en que Eugenia debía salir a comer como todas y no quedarse ahí como era su costumbre, todas eran volátiles, incapaces de poner en su sitio de manera cordial a la madre nerviosa o dominante, a la hija desesperada, a la hermana metiche, a la abuela mordaz. «Aquello es una verdadera terapia, papá». «De algo te servirá haber estudiado Arquitectura», le contestaba el señor Román cuando vivía, «a los clientes hay que convencerlos de las bondades del proyecto». Había comprado la casa y hecho la inversión para que Eugenia la remodelara e instalara Tu Día, de modo que su hija consentida tuviera un quehacer, un entretenimiento y una manera de ganarse la vida, porque él no iba a ser eterno y las herencias tampoco y hay que tener algo en qué poner la cabeza. Temía que fuera en la conmisericordia, en la lástima de sí misma, en el *ya me quedé sola*.

El pan de caja que usaba en los canapés era fresco y los hacía ligeros, marcaban su distancia con los secos que sacaba en el recreo del colegio. Por más que su madre se esmeraba en que ella, única mujer de cinco hermanos, llevara una lonchera coqueta, con divisiones para la fruta, la galleta, el sándwich y el agua, aquello nunca era apetitoso: pan seco, jamón oreado, caliente. No le gustaba. Lo canjeaba por lo que alguna de las Benavides, cuya madre había muerto, compraba en la cafetería. Prefería dinero. «Dame, mamá, para la cafetería», pero

no, Eugenia no debía verse desatendida. Nunca un dobladillo descosido, mal peinada o con los zapatos raspados. Los ojos le lagrimeaban con el gel y el restirado, el cuello le escocía con la medalla de la comunión siempre pendiendo.

Eugenia se volvió a contemplar en el espejo del vestidor: el pelo esparcido sobre el tapiz color crema del diván, suelto, espeso, teñido de color marrón para disimular las canas; si la vieran su madre o las monjas del colegio. «Composte, Eugenia. Perderás a la clientela si te tiras como una gata melosa, si las migas se te caen cuando comes, si te andas mirando el escote a ver qué ves, a ver qué ven». Los hombres no son frecuentes en ese espacio donde ellas luchan por entrar en el vestido ceñido, por apretarse el corsé, por colocarse los tirantes, el vuelo, la cola que arrastra o que pesa. Ahí entran los hombres cuando ella decide. Eugenia rio y se miró de soslayo en la luna opuesta a la de los pies. La piel cuidada, cremosa: las novias siempre lucen sonrosadas y rozagantes. Si se quiere vender esa ficción, esa producción donde los novios son los protagonistas, ella tiene que poner el ejemplo. La dieta, el gimnasio que odia; mejor la alberca, pero estropea el pelo y la piel; podría correr, pero hace frío o asaltan. El sexo es buen ejercicio, pero los desposados engordan: si es cotidiano aburre, y si es de cuando en cuando no es método gimnástico. Se sentó y se miró en la segunda luna del hexágono: pasar de los cincuenta y mantener el aspecto a raya es mucho trabajo. El plato de ensalada en la mesilla de cristal. Comer lechuga le parece estado de sitio. Al final el chocolate: chupado al principio, luego a mordidas para sentir las avellanas entre los dientes, lo dulce y lo pedregoso de la barra. No hay chocolates en las bomboneras de cristal; los vestidos albos, espumosos, acabarían con huellas grasosas y oscu-

ras. Guarda el chocolate en el cajón de su mesa de trabajo en la oficina. La tienda cierra de dos a cuatro, como si fuera provincia, aunque eso le da un estilo, una exclusividad, como si no hubiera que andarse partiendo el lomo para lograr la venta. En Tu Día la dueña siempre está para ocuparse y la venta es por cita.

Cuando no era para verse con alguien en algún restaurante, prefería quedarse en el lugar. El vestidor daba a una pared ajardinada: nadie podía mirar el espacio donde gordas y flaquitas se volvían princesas efímeras. Dio un trago al cava y se puso de pie. En la tercera luna se estiró la falda, se bajó la blusa para cubrir la cintura y lanzó la cabeza hacia el piso para que el pelo se le abultara al incorporarse. Aquella costumbre liberadora se le instaló en el bachillerato cuando su madre dejó de gobernar sus peinados. Miró su celular, que vibraba. Desde la cuarta luna observó los platos sucios. Se calzó los tacones, recogió los restos y corrió al baño a lavarse los dientes. Eran las tres de la tarde, tenían una hora escasa. Se apresuró a bajar la escalinata y abrirle a Germán.